



Clase de Tracción animal. Foto Antonio Anguís

El minifundismo orgánico, un modelo imperfecto

Una reflexión de **Fernando Bellón**

El agricultor español es autodidacta, suele pensarse y decirse. Esto es una verdad a cuartos, no a medias. Desde que el régimen anterior creó el Servicio de Extensión Agraria, los agricultores han aprendido mucho de los entonces peritos y hoy ingenieros técnicos agrónomos, y viceversa.

Estando las competencias agrarias en manos de los gobiernos regionales, es cada autonomía quien se autorregula en estas cuestiones. La Valenciana, por razones obvias de potencia agrícola y densidad de labradores, es una de las comunidades con más actividad formativa para los agricultores desde las diferentes administraciones. No se trata de cursos, de títulos, sino de seminarios o cortas sesiones en las que los labradores se informan de las novedades fitosanitarias, de métodos de cultivo, de riego, de cosecha, de variedades, etc.

Los sindicatos y organizaciones agrarias, las antiguas Cámaras, mantienen una variedad de cursillos que ponen a los agricultores al día. Esto funciona pasablemente bien.

Pero la formación reglada de los agricultores tiene sus deficiencias. Hay escuelas de capataces, formación profesional, y también estudios de ingeniería. El déficit más que de instituciones, es de programas.

¿Cuántos de los chavales y chavalas que estudian agronomía terminaran ejerciendo su profesión? Si hacemos la misma pregunta a los estudiantes de medicina o de enfermería, la

respuesta no será la misma. La pregunta pertinente es, ¿cuántos de los estudiantes de agronomía visitan a menudo el campo para familiarizarse con lo que estudian en las aulas? Los médicos, o hacen prácticas, o suspenden. Por lo que sé de las facultades y escuelas de agricultura, la práctica es excepcional por una serie de razones en la que están implicados desde el programa hasta el profesorado, no precisamente el que ha participado en este curso de Cerai, profesionales modélicos y con una capacidad docente y sentido moral de su trabajo poco comunes.

Sé que la afirmación anterior, hecha por un periodista, es polémica. Pero no hablo a tontas y a locas, se lo he escuchado a personas competentes en el mundo académico y rural.

Por centrar el problema voy a referirme a Alemania. La sucesión generacional en la agricultura es parecida a la española, a los jóvenes no les seduce trabajar la tierra. Allí, sin embargo, es más fácil que aquí: la mecanización y tecnificación agrícola son superiores. Algo en lo que se distinguen los germanos es en sus instituciones profesionales y en la formación agronómica a todos los niveles. Funcionan mejor, así de simple. Están organizados para defenderse y para transmitir conocimientos, y ejecutan lo que entienden que les beneficia. En España, poner de acuerdo a los labradores en cuestiones prácticas sencillas es tarea complicada.

Centrándonos en lo orgánico, algunos datos comparativos se encuentran en esta página de Eurostat, el portal de estadísticas de la UE: [Organic Farming Statistics](#) (Estadísticas de Cultivo Ecológico). Está en inglés, pero a efectos de números, no presenta problema su lectura.

El porcentaje de área dedicada a la agricultura eco en Alemania en relación al área total es de 7,3 %, y en España, el 9,3 (la media europea es del 7,5, aunque hay países punteros, la cuarta parte de la tierra cultivable en Austria se dedica a lo ecológico). En esa misma página puede encontrarse un artículo en el que se argumentan y explican una serie de datos significativos.

En esta otra página, [Superficie Cultivada por Países](#), se detalla la evolución desde 2012.

En España estamos los primeros, pero solo en superficie cultivada.

La ventaja de Alemania es que los productores orgánicos buscan la rentabilidad, y lo normal es que se ganen la vida con holgura con este trabajo. Esto requiere cualificación, capacidad empresarial, organización y distribución. Vivir de la agricultura cuesta tanto trabajo que no es raro que los jóvenes no se interesen por ella.

Hay sin embargo en España explotaciones modélicas. Reportajes de algunas de ellas se encuentran en esta revista digital. Por ejemplo, [Sa i Fresc](#), Fermín Salcedo, Julio Quilis y Quico Barat son hombres pragmáticos, comprometidos con la sostenibilidad de la tierra y del trabajo y que realizan constantes pruebas científicas en colaboración con el profesor Rafael Laborda, de la UPV, uno de los docentes del curso mencionado arriba, y otros profesionales de la agronomía. [La Florentina](#) de Vicent Borràs, en l'Alcúdia, [Terra i Xufa](#), de Enric Navarro, [Biosanz](#), de José Miguel Sanz, en Épila también son magníficos ejemplos de gestión, producción y distribución. Son una muestra de cómo se puede aprovechar el rendimiento de la tierra para vivir con cierta dignidad. Son un modelo. Pero cuando se forma a los jóvenes que pretenden ser agricultores se les ofrecen otros modelos poco viables.

Los programas de captación de jóvenes para la agricultura, en este caso orgánica, se orientan al minifundio, por llamarlo de algún modo. Es un esfuerzo nada rentable formar a chicos y chicas con un objetivo de autoconsumo. Se debe apostar por otras fórmulas más eficaces social y económicamente hablando. La industrialización de un país no se consigue con la apertura de pequeños talleres. Estas iniciativas por bien intencionadas y loables que sean, carecen de perspectivas. No puede volverse atrás en la historia de la civilización, a la época en la que los

recolectores y cazadores empezaron a cultivar la tierra de un modo itinerante. El programa de este curso pone énfasis en los avances científicos y tecnológicos sobre plagas, cultivos y sanidad vegetal. Pero esto tiene mayor efecto rentable a media y a gran escala.

En Alemania, siguiendo con la comparación, los agricultores orgánicos están bien organizados, bien preparados, bien asesorados. Recomiendo una visita a la página [BÖLW](#) (*Bund Ökologische Lebensmittelwirtschaft*), que puede leerse en español mediante el traductor de Google, y donde se ve la diferencia entre estar organizados o no estarlo, algo excepcionalmente raro en España. He de matizar que en todas partes cuecen las habas de la poca competencia, porque les escribí un correo solicitando información para argumentar en este comentario, y todavía estoy esperando la respuesta.

He conocido algún agricultor orgánico de pequeña escala en Alemania. Era una especie de cooperativa entre Berlín y Frankfurt an der Oder, y estaban dedicados con un esfuerzo admirable pero poco efectivo (y eso que estaban en la linde de un bosque y en terreno bastante fértil) a la recuperación de la vida rural tradicional, por llamarla de algún modo, que a vivir de su trabajo con objetivos rentables. Su propósito es apartarse de la sociedad convencional, ser *alternativos*, y esta palabra figura en el programa del curso mencionado.

Tengo mucho respeto por las personas que buscan (en serio, de verdad) una vida armoniosa con la naturaleza, soluciones alternativas a los problemas sociales, políticos o del medio ambiente. La mayoría de las que conozco en Alemania y en España son encantadoras, trabajadoras, tenaces, en fin, tienen muchas virtudes. Pero no van a cambiar el curso del mundo, al revés, es probable que el mundo se los lleve por delante. ¿Cuánto puede aguantar una familia joven cultivando un huerto y vendiendo cestas a los amigos o a los vecinos? Por experiencia (ajena) sé que no mucho; a no ser que uno de los dos trabaje en la administración local, regional, estatal, sea un profesional autónomo en un área de trabajo demandada, o forme parte de una institución creada a propósito para la difusión de la ecología, haciendo cursos y organizando eventos.

He aquí más cifras sobre la producción ecológica, que se encuentran en esta página del [Ministerio de Agricultura español](#). El total de hectáreas de *cultivos permanentes* eco era en 2019 en España 606.407 hectáreas; la mayoría en olivares, frutos secos y viñedos; frutales no llegaban a ocho mil, excluyendo los cítricos. Si nos vamos a las *tierras arables*, de un total de 494.212 hectáreas, algo más de 22.000 se dedicaban a hortalizas frescas, y unas 36.000 a legumbres y proteaginosas. La mayoría aplastante de tierras arables se dedican a cereales y a barbechos. Es decir, de las dos millones y pico de hectáreas de tierra dedicada al cultivo orgánico, una fracción responde al trabajo de accesible a una pequeña explotación. La mayoría aplastante de los productos orgánicos producidos en España se exportan, y para ello hace falta que se cultiven en cantidades altas, rentables, obtenidas en explotaciones grandes y racionales, independientemente de si sus propietarios son cooperativas o codiciosos empresarios. Proponer modelos minifundistas puede que quede muy solidario o sostenible, pero no sirve para mucho mas que sostener utopías.

Con frecuencia leo y escucho a distintos apóstoles de la agricultura alternativa una noticia puede que cierta, pero cuya explicación no comparto. La inmensa mayoría de los agricultores del mundo cultivan parcelas pequeñas según métodos tradicionales. De lo que se deduce que la agricultura tradicional a baja escala alimenta al mundo. ¿Alimenta al mundo o les alimenta a ellos, y de una manera poco saludable?

Acompañan a esta noticia otras sobre el acaparamiento de tierras, la siembra en campos gigantescos de colza y otros productos genéticamente modificados. Insisto, puede que sean ciertas,

pero no se puede concluir de ellas que haya que regresar al modelo medieval, eso es un suicidio.

Por último también se habla y se discute sobre los mercados de productos locales. Se habla y se discute, pero se avanza poco. Cuando se pueda volver a hacer turismo, recomiendo que se hagan viajes por Francia, deteniéndose en ciudades medianas, y se continúe en trayecto por Alemania. Casi no hay localidad de cierto renombre que carezca de mercado de productos locales, desde los agrícolas a los manufacturados.

Por razones familiares visito cada año Nuremberga. En la plaza del Mercado, o en el puente del Museo y la calle del Rey hay, si no a diario, con una frecuencia que se me escapa, puestos con todo tipo de productos cultivados en la Tierra de los Ajos (*Knoblauchland*), el nombre que recibe la huerta de la ciudad. En esa huerta hay invernaderos con base de hormigón, calefacción y ventanas apropiadas al cultivo, que deben de costar un pastón, y donde los campesinos cultivan pimientos, berenjenas, tomates y otros productos mediterráneos todo el año. Vale, no sabrán a nada, aunque sean muy bonitos, pero se venden (y a alto precio), y algo alimentarán.

Hay cosas que funcionan bien y otras, muy loables, que no funcionan. Se trata de combinar la idoneidad económica del proyecto con su idoneidad medioambiental o agronómica. Por eso allende los Pirineos la agricultura orgánica funciona mejor que en España: están organizados, cultivan racionalmente, están formados. Aquí en España tenemos la posibilidad de extraer un rendimiento más que suficiente para que haya muchas personas que puedan vivir del campo explotado de modo sostenible, y estamos perdiendo el tiempo.

Me consta el esfuerzo de muchos profesionales de la gestión agraria en difundir contenidos didácticos, reglados o no, en todas las comunidades autónomas. Pero, a primera vista, da la impresión que con frecuencia (no siempre) se deben más a escenarios ideológicos y a propuestas filosóficas que a la realidad palpable y que nos da de comer.